

cinto llorarán los hombres desgraciados que no quieren sufrir en esta vida el yugo suave de su santa ley.

Por lo demás, ¿qué importarán á Jesus las cadenas con que está atado? ¿No es Él quien mandó á los paralíticos que se consolidasen sus plantas y tobillos? ¿No es Él quien rompió mil vínculos de culpa con que estaban ligados muchos hombres? ¿No es Él quien convirtió las aguas en vino, los cálidos Sures en refrigerantes brisas? Pues nada le costaría quitar á los hierros la gravedad, y convertirlos en ligeras plumas. Lo que aflige á Jesus no es la crueldad del acero que tiene sus manos reventando la sangre y su cuello aherrojado al peñon inculco de la cárcel; no le aflige el duro cepo en que están amarrados los piés que andaban con paso ligero sobre las aguas; los pecados del mundo son la prision, los hierros, las cadenas, los grillos que lo atormentan sobremanera.

¡Ah, cristianos! Ni uno solo de los que estamos aquí dejó de entrar en el entendimiento del encarcelado Redentor; lloró en su prision por nuestras ingratitudes; venid, pues, y llorad con El; ofrecedle el suave olor del arrepentimiento y de las virtudes, para que en medio de sus cadenas tenga algun consuelo.

PARA EL CUARTO MISTERIO DEL SETENARIO.

Son tantos los oprobios que cayeron sobre Jesus en la noche de su prision, que apenas puede hablar de ellos la lengua humana. Yo no me atreveré á decir sino lo que nos enseñan las Escrituras y los Doctores de la Iglesia. Ya que hemos visto lo que pasa dentro del alma de Jesus, justo es que contemplemos lo que sucede en derredor de Él; cómo llevan á Jesus á la cárcel, cómo se encuentran sus sentidos en ella, cómo lo sacan de la prision: son tres puntos que nos han de ocupar detenidamente. No los he de explicar, por tanto, sin decir ántes que el Profeta Isaías

vió en lontananza el encarcelamiento de Jesus, y anunció que los ángeles de paz se entregarían á un amargo llanto: *Angeli pacis amare flebunt*. Tampoco omitiré la idea que David tuvo de la prision del Salvador, pues dice de Él estas palabras: «Me pusieron en un subterráneo profundo en lugares tenebrosos, semejantes á las sombras de la muerte.» *Possuerunt me in lacu inferiori, in tenebrosi et in umbra mortis*. Y, para decirlo todo de una vez, os advertiré, con San Jerónimo y otros Santos Doctores, que lo que padeció Jesucristo en la cárcel la noche de su Pasion, es un arcano que no nos será descubierto hasta el fin del mundo.

¿De qué manera entra Jesus en la prision? Del modo más cruel y más insultante; voy á referiros lo que dice el Evangelio. Interrogado Jesus en el concilio de Caifás sobre su origen y mision, contestó que era Hijo de Dios, y en prueba de su divinidad, le afirmó que algun dia verian al Hijo del Hombre sentado en nubes del cielo, viniendo con gloria y majestad á juzgar al mundo. No bien concluyera las últimas palabras, cuando tumultuosamente se levantaron sacerdotes y fariseos, y despues de haber pronunciado contra Él la sentencia de muerte, se entregaron á todos los excesos de una pasion sin freno. No se precipita el represado rio con tanto ímpetu sobre las campiñas cuando se le alzan las esclusas, como la turba farisáica se arrojó sobre el manso Jesus. Quién le tira de la cabellera, quién escupe su venerable rostro, quién cubre sus divinos ojos con un harapo sucio, quién le hiere diciéndole que adivinase quién era el que le heria. Así se vuelve tema de una diversion furiosa el recién apresado; fatigados del entremés, se retiran los príncipes de la Sinagoga, llaman á sus criados y al soldado sobornado, y les mandan que conduzcan al reo á cárcel bien segura.

Ni uno solo de los vivientes ha dejado de ser testigo de las ultrajantes escenas con que ha sido escarnecido el Re-

dentor. ¿Qué sucedió, pues, cuando Éste fué entregado á su poder? Considerad lo que es un siervo, y de ahí lo deducireis; examinad sus modales y principios, y concluireis bien, con San Jerónimo, que no es posible saber todo lo que Jesus padeció en aquella noche hasta el día de la revelacion.

Suele siempre ser el siervo un trasunto de su señor; atento aquél á tener siempre su agrado, se lisonjea en tratar en sí mismo los modales de éste, imitando sus acciones, y hasta adivinando sus pensamientos. ¡Ah! ¡Cuántas veces se han cometido asesinatos crueles por manos de siervos, sólo por haber tenido sus señores la imprudencia de declarar delante de ellos la aversion que tenían hácia el que fué víctima! La historia profana nos enseña esta verdad, y la de los mártires del Cristianismo nos la confirma en el asesinato sacrilego del ilustre Tomás, obispo de Cantorbery, en la Gran Bretaña.

¿Qué ideas tendrían, pues, los siervos de los pontífices y fariseos sobre Jesus? Las mismas que sus señores. ¿Cómo se condujeron con Él cuando éstos lo entregaron á su custodia? Peor que sus señores. ¿A dónde lo destinarian, deseando asegurarlo y dar placer á los mandatarios? Al lugar más profundo y subterráneo, al más lóbrego, al más inmundo. Hé aquí unas consecuencias que deduce la piedad cristiana, sin necesidad de otro testimonio que el de la razon, despues de haber oido lo que los Evangelistas nos enseñan sobre la conducta de los pontífices con Jesus. No es una simple palabra de entrega la que pronuncian los fariseos; es una orden severísima que imponen á sus siervos. «Ahí os entregamos, les dicen, á ese malvado; es un sacrilego que se arroga el nombre del gran Jehová; es un blasfemo que se atreve á llamarse Hijo de Dios; facineroso, él protege á los publicanos que nos exaccionan y vejan con tributos y gabelas; revoltoso, él ha recorrido la Palestina, anunciando doctrinas nada conformes á la ley de Moisés; atrevido, Él dice que exis-

te ántes que viniese nuestro inmortal padre Abraham; infame, él ha dicho que se atreve á disolver el gran templo de Salomon, y volverlo á construir en tres dias. No perdoneis á hierros y cadenas; aumentad las que tiene; seis horas nada más estará bajo vuestra vigilancia, que despues le haremos pagar sus crímenes con la muerte que tiene merecida.»

No sigamos á Jesus en los salones por donde atraviesa para llegar á su prision. Detengámonos á pensar por un momento en el cumplimiento de la profecía de David, que vió el conciliábulo de príncipes y magnates contra Dios y su Ungido. No cuadran á Jesus tantos hierros como se le ponen; Rey de los siglos, debiera ceñir sus sienes, sus manos y piés con guirnaldas de variadas flores; ofrezcámoselas con dolor de nuestras culpas, para desagraviarlo de las cadenas con que le ha cargado la furia de sus enemigos.

PARA EL QUINTO MISTERIO DE LA CORONA DE DESAGRAVIOS.

Despues de órdenes tan severas dadas á hombres amigos de lisonjear y adular á los que con larga mano pagarian este servicio, ¿qué perspectiva podia presentársele al amable Jesus? Si al ser herido en su rostro por uno de los domésticos del pontífice Anás, reclamando Jesus una satisfaccion por la injuria, nadie le ha contestado, ni tomado el partido de defenderlo, ¿qué le iba á acaecer cuando la chusma lo viese entre sus manos, sin freno que la contuviese ni miramientos que debiera guardar? ¡Ah! Si de los hombres más cultos de la Sinagoga salieron tantos insultos, de la servidumbre vil y grosera no podia esperar más que dicterios asquerosos.

En efecto, amados míos; Jesus fué el ludibrio de aquel populacho, que á su falta de modales unia la autorizacion dada por los príncipes de divertirse con el

reo. Quiero referir su lenguaje, que, aunque impropio de este lugar, es muy á propósito para excitar en vosotros sentimientos de amor hácia el adorado Jesus. «Arrastrad, dicen unos, á ese ladron del cetro más sagrado que ha tenido la tierra. Llevadlo á la cárcel como á un criminal inmundo; tratadlo como al mayor facineroso.—Sí, contestan otros; es un maldito, que se ha atrevido á decir al sumo sacerdote y á la santa Sinagoga que él es su juez, que es hijo de Dios.—Hagámosle conocer, gritan todos, que es Hijo de un despreciable artesano, que todos hemos conocido. ¿No es él quien se dejó tocar los piés de una pecadora pública? ¿No es él quien ha andado alborotando la ciudad, acompañado de doce hombres viles y despreciables, sin letras, sin predios, miserables pescadores? ¿No es él quien se vendia por profeta, anunciando cosas venideras, diciendo que nuestra ciudad inexpugnable ha de ser tomada por los enemigos, y nuestro templo demolido hasta no quedar piedra sobre piedra? ¿No es éste el que se atrevió á decir á nuestros Santos Doctores que son unos hipócritas, semejantes á las sepulturas, que están muy adornadas por encima, y son podre y basura por debajo? ¿Quién ha sido jamás tan sacrilego como él? ¿Quién tan atrevido y temerario? ¿Quién...?» Pero, amados míos, no quiero mortificar más vuestros piadosos oídos. No hubo blasfemia, injuria, baldon, sarcasmo ni dicterio que no saliese de aquellas lenguas serpentina contra el Santo de los Santos; para saber á qué extremo llegó la deshonra de nuestro Redentor, baste comprender que aquellos sayones quisieron sobrepujarse unos á otros en maldades contra Jesus, para congratularse con sus príncipes.

Así cubierto el rostro venerando con sucios paños, empezó de nuevo la irrisión que se inaugurara en el concilio; todos hieren sus mejillas, todos contunden su cabeza, todos mesan su barba y cabellera, todos eructan

hediondas salivas, y las arrojan en la cara de Jesus, que les sirve de muladar, y alternativamente le dicen que adivine quién le ha escupido, quién lo ha abofeteado, ya que se llama Profeta y conocedor de lo futuro. Aquí uno le da un empujón y lo tira al suelo; otro lo toma por los piés y lo arrastra con inhumana fiereza, y, por fin, como el cordero inocente que ha caído entre las garras de muchos lobos que se disputan la primacía, así anda Jesus, pasando de las uñas de un león á las de un leopardo, de las de éste á las de un tigre, de las de un tigre á las de una hiena.

De este modo entra en la cárcel Jesus encadenado. ¡Dios Santo! ¿No es éste el momento de preguntar si es este Jesus el mismo á cuyo nacimiento entonaron sus celestiales melodías los coros de los ángeles? ¿No podremos decir si es éste el Verbo divino á quien eternamente están cantando los serafines su imperecedero trisagio, cuyo concertado sonido es semejante al de mil y mil cítaras de oro, cuyos ecos hacen resonar los quicios del cielo, y atraen á él las glorias de la majestad y grandeza del Omnipotente? Sí, Él es; mas para dejarse apresar y encadenar, se ha despojado de su poder infinito, sus glorias están encerradas bajo la tosca túnica de la humanidad, y casi me atreveré á decir que no le queda poder para evadirse de entre las manos sacrílegas, porque Él mismo ha encadenado su divina fuerza á los hierros y grillos con que son atormentadas sus manos y trabados sus piés.

Pero, amados míos, vamos á confundir la osadía de los judíos malvados; condenemos al silencio su horrenda gritería; prevalezcan los ecos del amor sobre los del odio; cantemos al Dios encarcelado un himno de alabanza, cuyas melodías lleguen hasta la bóveda celeste: «Tú eres, ilustre prisionero, el Rey de los reyes, el Señor de los señores: Tú el Adonai, el Jehová, el Omnipotente, el Sábio, el Justo por esencia; en honor tuyo modulan las estrellas con lenguas de fuego, y cantan tu gloria; en honor tuyo

el suave céfiro y el cristalino arroyuelo susurran su murmullo encantador; á Tí dirigen sus trinos las pintadas aves; á Tí saluda la risueña aurora; á Tí las nubes en sus detonaciones; por Tí rueda el firmamento y la tierra; por Tí se mueven también nuestras lenguas; tuya es la gloria, la bendición, la sabiduría, el honor, la fortaleza, porque eres Dios por los siglos de los siglos, Dios en la cuna de Belén; Dios en el ostracismo del Egipto, Dios en el templo, Dios en el Tábor, Dios en los tribunales, y Dios en las prisiones: nosotros te amamos como á nuestro Padre, te compadecemos como á nuestro Hermano, y lloramos tus penas como las de un esposo.»

PARA EL SEXTO MISTERIO DE LA CORONA DE DESAGRAVIOS.

Ya es tiempo de contemplar la lóbrega morada del amable Jesús encadenado; allí está solo, sin testigos de sus acciones, y entregado á sí mismo. ¿Os admirais? ¿Creeis que habiendo encargado tan severa vigilancia sobre el preso, éste debiera verse solo ni un solo instante? Cesará vuestra admiración cuando conozcais la verdadera causa. Habían sido atormentados nuevamente todos los sentidos de Jesús; su vista con las miradas feroces de los pontífices y siervos; su oído con las horrendas blasfemias que vomitaron contra Él sin cesar; su tacto con mil bofetadas, puntapiés y caídas que le han dado; todo Él con los hierros y cadenas; faltábale aún el olfato; hasta entonces, ora había estado entre príncipes y escribas, hombres afeminados, ora en los suntuosos salones del sumo sacerdote Caifás; mas ahora la atmósfera que se le prepara no es soportable ni al mismo populacho hediondo y harapiento; los verdugos de Jesús, que encontraban tanta complacencia en mortificarlo, no querían ser ellos mismos víctima de los suplicios que inventaban. Así es que, no bien el carcelero ha descorrido los cerrojos de la prisión,

entran todos en ella de tropel, duplican las cadenas, aseguran los candados, y dejando solo al prisionero, se retiran. ¿Sabeis por qué? Por no tener parte en el tormento cruel que va á ocasionar á Jesús su nueva habitación.

Para describirla, no usaré de mi propia voz; hablará por mí la tradición, la piedad y el fervor; el devoto San Lorenzo Justiniano, hablando de esta cárcel en el libro sobre el triunfo de Cristo, cap. x, dice estas palabras: «Lo pusieron en un lugar inmundo, más semejante á un albañal que á una cárcel; allí no se respiraban más que hedores pestilentes, ni había otra compañía que las sabandijas; era esta prisión una verdadera imagen de las tinieblas del sepulcro.» *In loco indecentissimo possuerunt eum, ubi fetores purgamentorum, vermium multitudo aderat; tenebrosus carcer quædam erat mortis imago.*

¡Ah, pueblo cristiano! Si nuestra actual civilización aún no ha conseguido hacer desaparecer el horror de una prisión, ¿qué serían las cárceles de hace diez y nueve siglos? Ahí están aún los restos de los antiguos anfiteatros; era la superficie para que se aposentasen en ella los espectadores, y para guardar en ferradas jaulas las fieras con que se divertían los pueblos en espectáculos horribles. Grandes cavidades embovedadas sostenían aquellos edificios; y allí donde no penetraban los rayos del sol, ni el aire llevaba sus benéficas influencias, era el destino de los criminales. ¡Cuánto miasma corrompido! ¡Cuánto germen de infección! ¡Qué tinieblas en el peso del día! ¡Qué horror en la negra noche! La muerte era preferible á esta morada.

Contemplad, pues, lo que sufriría el adorable Jesús en tan desventurada cueva; Él, que sentado á la diestra del Padre se viera siempre envuelto entre suavísimos aromas que le ofrecían los ángeles en incensarios de oro; Él, que más fragante que los lirios de los campos y las rosas de los valles atraía con sus olores á las almas; Él, que

despide por todas partes los más exquisitos perfumes, como se expresa la esposa en los *Cantares*, ¿cómo se hallaría en medio de tantas inmundicias? ¿Cómo al ser arrojado en una atmósfera de fetidez? ¡Ah! ¡El que viste la gloria é inmortalidad, verse rodeado de reptiles é insectos! ¡El que es el Sol de justicia, habitar entre las inmundicias de un sótano! ¡Cuántos actos de resignacion no tuvo que hacer! ¡Cuántos suspiros no salieron de aquel divino pecho al verse sin auxilio extraño ni propio, pues tenía sus manos amarradas á duro peñasco!

¡Ay! Jesus suspira á cada instante que tiene que tomar aliento; Jesus se ve acabado con la fuerza de tanta infeccion; le faltan las fuerzas, se debilita, y cae en tierra; mas ¡qué dolor! las cadenas no le permiten reclinarsse, y queda suspenso como el inanimado tronco, hasta que las mismas evaporaciones insalubres le hacen volver en sí con un ¡ay! profundo y doloroso. Más de una vez suspira por la llegada de la aurora; más de una vez conjura al astro del dia que apresure su carrera y traiga el nuevo dia. ¿Y sabeis para qué? No para verse libre de las prisiones y cadenas, sino para romper en él los lazos del pecado que aprisionaban al género humano, y bajar á la cárcel tenebrosa del infierno á anunciar libertad y gloria á los cautivos que deseaban el dia de la redencion.

En estas santas aspiraciones pasa Jesus la triste noche de su encarcelamiento; saluda el próximo dia como el de su triunfo sobre el infierno, como el dia de la paz que va á dar al cielo y á la tierra, como el dia glorioso en quien han tenido fija su vista todos los Patriarcas y Profetas del antiguo mundo, y aquel que daría principio á la era de luz con que viviria el nuevo. ¡Ah! Antes que la mano del verdugo vuelva á sacar á Jesus de entre la mazmorra, arrodillémonos ante su divina humanidad, ofreciéndole nuestros corazones, como un tributo de amor

digno de su bondad sin límites, pues por nosotros sufre las cadenas, los insultos, los hedores y las inmundicias de la prision.

PARA EL SÉTIMO MISTERIO DE LA CORONA DE DESAGRAVIOS.

El negro manto de la noche se arrollaba de Oriente á Poniente; la aurora asomaba su risueño rostro; las ave-cillas, presagiando cierta catástrofe en aquel dia, no modulaban sus cantos instintivos; las aguas cristalinas del Cedron habian mudado su jocundo susurro en un ruido doloroso; la naturaleza aparecia sin animacion ni atractivos; el mundo preparaba sus vestidos de duelo; entre tanta tristeza como manifiestan los séres insensibles é irracionales, se oye un ruido general en Jerusalem; multiplicados emisarios recorren sus plazas y calles; cruzan en todas direcciones sacerdotes, nobles, escribas y fariseos; ábrense las puertas del Sanedrín, y se descubren las salas del tribunal, en que toman asiento los doctores de la ley; una cohorte romana estaciona en el vestibulo; ministros de justicia, criados, sayones, verdugos, populacho. ¿A qué tanto motin y aparato belicoso? ¿A qué tanto apresuramiento en reunirse los jueces y magistrados? A dar una sentencia definitiva al preso de la noche. Jesus no ha descansado, ni tampoco sus enemigos; Aquél ansiaba por la llegada del dia para ofrecerse en sacrificio; éstos lo anhelaban tambien para saciar su furor.

Llegó por fin; sentado Caifás en su trono sacerdotal, manda que sea traído á su presencia el Nazareno; la cárcel subterránea no habia sido visitada por los rayos del sol, ni habia penetrado hasta su profunda concauidad el movimiento del pueblo; el primer indicio de haber amanecido para Jesus fué el ruido de las armas, la confusa vocinglería del soldado, el levantamiento de los cerrojos, el crujido de los quicios, y, por fin, el saludo descomedido

de los verdugos. «¡Aquí estás, le dicen, galileo! Parece que esta vez no te has podido evadir de nuestras manos; ahora se ve que todas tus maravillas eran una superchería; bien decían nuestros sábios que tú eres un samaritano, que tienes pacto con el demonio, pues te ibas de entre las manos siempre que intentaban apoderarse de tu persona; ya no andarás con los publicanos, ni trastornarás la paz del pueblo; salga el facineroso, que le espera el pontífice con todo el sacerdocio, para justificarle sus crímenes y condenarlo, como lo merece.» Así es saluado Jesus; y no bien han sido heridos sus oídos con tanta injuria, es desprendido de la pesada cadena, y llevado á empellones á la presencia del concilio.

¡Oh pacientísimo Jesus! ¡Cuánto habeis sufrido en tan pocas horas! ¡Por cuántas manos habeis pasado! ¡Cuántos verdugos se han ejercitado en tu persona sagrada! Habeis sido apresado, aherrojado, insultado, herido, abofeteado, escarnecido, blasfemado; habeis sido arrastrado, maniatado, mesado y encarcelado; todos los oprobios de los hombres han caído sobre vuestros delicados hombros; el sacerdote, el lego, el sabio, el ignorante, el populacho, todos han puesto sobre tí sus manos sacrílegas; has sido atormentado en todos los sentidos con blasfemias, con baldones, con irrisiones, con bofetadas, con ceños furiosos y con hedores insufribles. Sois inocente y Santo por esencia; no habeis cometido culpa alguna, porque sois impecable. Y en medio de tanta injuria y tormentos, ¿ha desplegado Jesus sus lábios? ¿Ha dado el más leve signo de impaciencia?

Preciso es, amados míos, detener nuestra consideración en el silencio de Jesus; en él nos instruye y enseña la conducta que debemos tener en medio del mundo; desde que quiso entregarse en manos de los verdugos, cerró este Mártir divino la cátedra de su doctrina, y abrió la escuela de la paciencia y sufrimiento. ¡Ah! ¡Cuántos dis-

cípulos habia de tener este preceptor celestial! Hasta entonces no habian sido llevados á las cárceles por defender la religion sino algunos cuantos escogidos, ni eran muchos los que sufrieran persecucion por la justicia; los Elías perseguidos por Acab y Jezabel; los Jeremías aherrojados por los Joaquines y Sedecías; los Macábeos martirizados por los Antíocos; algunos otros Profetas, quienes, como dice el divino Pablo, anduvieron errantes y fugitivos en hórridos desiertos, huyendo del mundo, que no era digno de ellos; hé aquí el corto cuadro de los mártires del Testamento antiguo. Mas desde que Jesus santifica las cadenas y las cárceles con su Pasion, debian éstas ser el receptáculo de innumerables confesores de su nombre, á quienes enseña cuál ha de ser su conducta para vencer á sus perseguidores. Roma, Jerusalem y Alejandría, que eran entonces las ciudades más populosas del mundo conocido, se convertirian en teatro de persecuciones; allí [el niño inocente, el anciano decrepito, la vírgen tímida, el soldado aguerrido, el sacerdote intrépido, habian de ser interrogados sobre sus creencias, y en seguida pasarian á lóbregos calabozos, á potros y caballetes, á ruedas aceradas, á hornos de llamas voraces, á dientes y garras de tigres, á manos de verdugos sin sentimientos de humanidad. Y, preciso es decirlo, aunque muchas veces las llamas se convertian en céfros refrigerantes, las fieras se postraban á lamer los piés del mártir de Jesus, las cárceles se veian iluminadas con divinos resplandores, los albañales no fluían sino aromas exquisitos, las cuchillas perdian sus filos acerados, y la mano del verdugo se paralizaba; mas esto no era lo común. El mártir sentia los ardores del fuego; echado en sacos de serpientes, era despedazado con sus mordeduras; encerrado en toros de bronce, era tostado paulatinamente; puesto en parrillas de hierro, se asaba y se consumía; lo asaeteaban, lo azotaban, le quitaban la piel viva, y le da-